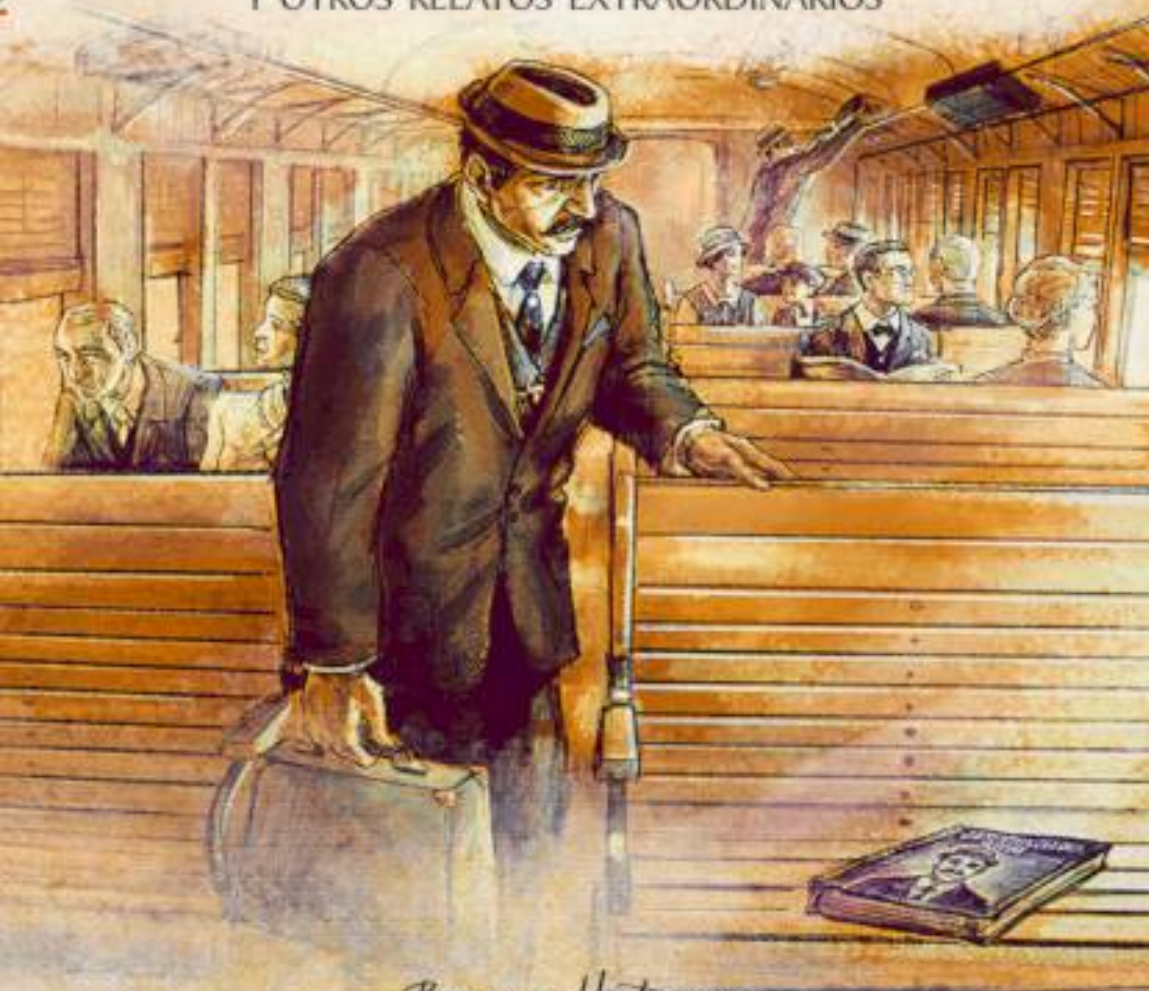


STEVEN CUBILLO

La sentencia del miedo

Y OTROS RELATOS EXTRAORDINARIOS



Buenas Historias

La sentencia del miedo

Y OTROS RELATOS EXTRAORDINARIOS



**La sentencia del miedo
y otros relatos extraordinarios**

© Steven Cubillo Montero

© Edinexo

Revisión filológica:

Guillermo Fernández Álvarez

Ilustración de portada:

María Daniella Espinoza Castro

daniesca.21@gmail.com

ISBN: 978-9930-539-37-8

Hecho el depósito de ley

Producto centroamericano. Hecho en Costa. Agosto, 2017 Rica

Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra, por cualquier medio, sin el permiso escrito del titular de los derechos de autor.



contacto@editorialedinexo.com

Dedicatoria

Por ser el pilar más fuerte de la tierra, por salvarme, por ser la palabra precisa, por aguantar que trajera mayo todo el año a su ventana... a mi madre, Jaqueline Montero.

Prólogo

En esta su primera obra este joven escritor nos ofrece *un ameno paseo literario* por las más diversas vivencias humanas, tratadas con ingenio, compromiso, respeto y, sobre todo, "buena pluma". A través de sus cuentos usted podrá desde deleitarse con relatos escalofriantes y enigmáticos y temas tan encantadores como el primer beso, el enamoramiento y la reconciliación, hasta reflexionar sobre cuestiones tan complejas como la homofobia, la prostitución y la eutanasia, pasando por la locura, el delirio, la culpa, el libre albedrío y la traición... Entre risas, sorpresas, escalofríos, acuerdos, desacuerdos y una que otra lágrima transcurrirá su viaje por estas páginas que seguramente lo dejarán con el deseo de disfrutar más de esta novel promesa de la narrativa costarricense.

Guardiana del silencio



na noche cualquiera estaba Corevisí sentado a la orilla del río, casi dormido por el arrullo de las aguas, meditando entre el bramido de los congos a la luz de una pequeña fogata; cansado de este mundo de carne, cargaba su pipa para charlar un rato con los dioses. Apenas se acercaba a la fogata para encender su pipa cuando fue interrumpido por un evento nunca imaginado. De entre las estrellas se separaba una luz; Corevisí tuvo que cerrar aún más sus pequeños ojos de fiera para enfocar aquel destello azul.

Bajaba en picada, como cae una estrella fugaz, dejando atrás una cola de luz celeste que se disipaba de a poco, se acercaba muy despacio y se detuvo a unos tres metros del suelo. Ya de cerca la luz tomó más presencia e iluminó las duras facciones de Corevisí, pintando sus ojeras marcadas y su nariz chata y gruesa.

Toda la piel morena se estremeció en un escalofrío, Corevisí no se creía digno de aquel evento, pero no podía huir a su destino, así que no apartó en ningún momento la mirada. Al ver que el astro no hablaba, recordó las ideas del chamán de la aldea: "Los dioses se comunican por medio de la música", así que sacó su ocarina, se sentó en cuclillas y con sus labios de ñame sopló entre los agujeros y aquella avecilla de barro cantó las notas más llenas de incertidumbre que jamás se escucharon.

Mientras la música sonaba, aquella presencia tomó un color más frío y respondió tomando formas. Primero vio una hermosa ave de pecho amarillo sobre un mar de luz, él, sin dejar de tocar su ocarina, se impresionó de que aquella ave acompañara su canto, cuando de pronto una enorme mano salió del mar de luz y con fuerza metió el pájaro en

una jaula y dejó mudo al universo dentro y fuera de la visión; tanto así que, sin importar la fuerza con la que Corevisí soplara su ocarina, no se provocaba ya sonido alguno, todo el bosque calló, incluyendo hasta las aguas del río, que se detuvieron por un instante.

El sonido fue volviendo a pocos mientras la estrella volvía como una nube de luz al cielo.

Corrió a su aldea, directamente donde el chamán que, al escuchar lo que le decía, se alarmó sin mostrarlo y le entregó a Corevisí dos pulseras de las cuales colgaban dos colas de cascabel, y le dijo con su voz de sabio: "Dale una a ella".

Fue a su choza y vio a su mujer, la luna alumbraba su pecho desnudo que palpitaba mudo con una respiración enternecedora. Ella tenía una quietud y un silencio infinito, ese mismo que tenía desde el día en que se sacrificó por la tribu, ofreciendo su cuerpo como la cárcel del silencio. Sin despertarla, puso el cascabel en su muñeca y, poniéndose él la otra, se quedó dormido.

Al otro día, a Corevisí lo despertó un redoble de tambores, venían desde el mar, se levantó y corrió hacia la playa, detrás de él otros indígenas curiosos asistían al encuentro, lo que vieron los heló: enormes monstruos acuáticos con piel de madera y alas de tela flotaban sobre las olas, de ellos se bajaban extraños hombres blancos de trajes nunca antes vistos.

Corevisí vio al chamán y al cacique recibiendo con regalos a aquellos hombres y no entendía por qué los suyos rendían culto a los recién llegados. Comenzó a gritar a voces el enigma de la noche anterior, pero parecían no escucharlo, se acercó junto a los suyos con ánimos de guerrero.

En cada paso que daba en firme el retumbo de los cascabeles de su muñeca hacía girar a todos, creyendo que era una víbora la que se movía sigilosa entre la arena.

Al llegar, entre aquellos hombres blancos, vio a uno que le llamó la atención por sus ojos de muerto, su respiración

de sepulcro y su color pálido, casi azulado, todo aquel hombre era frío y le dio la impresión de que era un ánima que había vuelto de la ultratumba.

No se pudieron comunicar, pero mientras se entendía el capitán del barco con el chamán ellos dos no se quitaron la mirada de encima.

Entre tanta conmoción no notó que su esposa salía de entre la maleza, caminaba en silencio, ni siquiera sus pasos causaban ruido ni huella, se acercó tanto que aquel hombre de apariencia inerte dejó de mirar a Corevisí para ver a aquella mujer de piel caoba. Fue interrumpido cuando su capitán le gritó: "Contreras, vaya dígame a sus hombres que guarden los cañones, estos no quieren guerra".

Aquellos hombres se establecieron en una pequeña zona y aun sin entenderse ni una sola palabra se estableció un tratado de paz.

El capitán Contreras se levantaba cansado de una mala noche, desde hacía tres días que había llegado no lograba dormir y eso volvía más profundos sus ojos de muerto, no lograba conciliar las noches de sueño pensando en aquella mujer morena de pecho desnudo y piel caoba. No se lo había comentado a nadie, pero la buscaba entre las indígenas y, como por casualidad, había notado que todas las mañanas se bañaba en las aguas de un riachuelo cercano.

Así que ese día se levantó más temprano que de costumbre, amarró sus botines de cuero y se fue a aquel río para ver a la mujer que se movía entre el agua con ánimos de sirena sin generar ningún ruido al entrar y salir del agua; él la vio escondido entre las hojas de plátano, apreciando su desnudez impermeable al ruido.

Se enamoró de su silencio, tomó una flor de entre la maleza y, al verla salir del agua, se la dio. Ella la tomó sin entender el significado del gesto, ya que para ellos aquella

flor era símbolo de un tratado de paz, así que siendo su esposo guerrero y él, el capitán de la guardia, creyó que era un encargo para su esposo.

Al día siguiente Contreras volvió al río, pero esta vez la mujer se bañaba custodiada por Corevisí, quien se acercó a él y le dijo unas extrañas palabras con un aliento de dragón; Contreras no necesitó entender el idioma para deducir qué decía: que cualquier cosa que tuviera que ver con ella le incumbía a él.

Contreras pudo haber sacado su revólver, pero sabía que a corta distancia el indio tenía la ventaja, así que se alejó, cuidando su espalda.

Atrincherado en su campamento, Contreras no dejaba de pensar en aquella mujer callada. Ni siquiera sabía si era capaz de hablar.

“Su voz debía ser hermosa, pues la guarda como un tesoro”, se decía a sí mismo.

El Cacique de la aldea tenía a disposición de aquellos hombres a muchas mujeres, pero él no tenía ojos para ninguna de ellas.

Contreras trataba de toparse por casualidad con la tribu y buscarla a ella, y cuando tenía suerte la miraba arrancando tubérculos de entre la maleza. Midió los tiempos en los que Corevisí salía de cacería e ideó su plan. La tomaría la mañana en la que zarparan y la llevaría a navegar con él. Planeaba enseñarle su idioma y quedarse con ella.

Llegó el día, dispuesto a tomar posesión de la mujer llevó a cinco de sus hombres y, mientras el Cacique y el chamán se despedían del capitán del barco, Contreras asaltó la zona agrícola y tomó a la mujer, atándola y montándola sobre su hombro.

Corevisí, cazando río arriba entre la espesura del bosque, sintió la pulsera de cascabeles vibrar con fuerza, so-

nando como maracas y entendió de inmediato que su esposa estaba en peligro.

Corrió hacia la cosecha y encontró a unas cuantas indias llorando, le indicaron que él se la había llevado, corrió a la playa y los vio a medio mar, a punto de zarpar. La mujer, atada y pataleando, no resistió más y arrojó el grito más largo y tenebroso que se había escuchado jamás. Contreras, asustado, abrió sus fúnebres ojos, entendiendo que el silencio se había liberado. Corevisí lloraba de rodillas en la playa, escuchando con su piel erizada aquel grito seco y penetrante.

El mar entero guardaba silencio, el mundo volvió a quedar mudo, los indios lloraban moribundos, lamentando la pérdida, pero sin escucharse los unos a los otros, nadie los podía oír, quedaron amordazados por el hurto.

Habían pasado ya tres días y Corevisí no quería comer, se culpaba llorando. Las lágrimas caían sobre su pulsera de cascabel.

En el medio de la mar estaba, aún atada, la mujer de pecho desnudo y piel caoba, todos en el barco parecían mimos absurdos peleando y discutiendo en mudo. Tampoco ellos podían hablar, ni hacer ruido alguno. Culpaban a Contreras por traer la maldición a su gente.

En la noche, uno de los tripulantes del barco, en secreto, soltó la soga de las muñecas de la india y, creyendo que ella podía devolverle la voz, la miró suplicando compasión y se fue. Ella se acercó a la proa y, mirando el mar, notó cómo empezaron a vibrar en su muñeca los cascabeles.

En la playa Corevisí, en el mismo lugar del encuentro, miraba el callar del mar cuando de pronto sintió también los cascabeles vibrar, por unos segundos sus pensamientos se cruzaron, y él se arrojó al mar al mismo tiempo que ella,

todo bajo la luz de la estrella solitaria que había dejado días atrás el mensaje.

Al amanecer del otro día, de nuevo había sonido pintando las playas, el canto de las aves volvía a adornar la espesura tropical de los bosques y las voces alegres cantaban celebrando.

El chamán se acercó a la orilla del mar y lloró al ver entrelazadas por un nudo, entre la espuma de una ola, las dos pulseras de cascabel, y entonces supo que no se soltarían jamás.

El poder de los péndulos



Siempre fue mi sueño traspasar los límites de esta realidad, ir más allá. Me creyeron loco por negar que había un solo universo y preferir la teoría de que, continuo al nuestro, sitios desconocidos e inimaginables descansaban despiadados. Algunas veces llegué a dudar de mi razón, pensando que solo era un absurdo al que mi mente se aferraba para no resignarse a lo ordinario.

No soy un hombre de ciencia, pero tenía el presentimiento de que lograría escapar alguna vez de esta dimensión y me consumiría en otras impensables para la mente humana; me deleitaba por horas soñando con diversas zonas, con leyes distintas a las que proponen nuestras circunstancias.

Tuve miles de intentos fallidos, donde ningún conocimiento tecnológico sirvió para concretar mi objetivo, solo terminaba frustrado y sintiéndome un idiota. Recurrí sin ningún éxito a la brujería y a libros antiguos, siguiendo los métodos más ortodoxos donde no estuve ni cerca de abrir una puerta a un más allá. Pero cuando estaba a punto de resignarme en mi condición de humano el destino creyó que era el momento de revelarme sus secretos y liberarme.

Mis instintos me alertaron de que al fin lo había encontrado. No sé cómo llegué a aquel sitio, así que lo creí un premio del destino que, valiéndose de la casualidad, coordinó aquel evento.

No me pude mover por unos segundos, mientras mi mente digería aquella imagen. Quise analizar de dónde podrían provenir aquellas esferas, quizá fuesen obra de nuestros indígenas, o tal vez eran herencia de alguna civilización de un tiempo aún más lejano que el de los hombres.

Me dije para mí mismo: “Ese es el portal a otros universos”, mientras las veía suspendidas, tan oscuras, tan quietas, como si supieran que en ellas se reflejaba, adormecida, la luz de todas las constelaciones lejanas y no quisiera despertarla. De repente se movieron un poco, de un lado a otro, invitándome con cierta hipnosis a que siguiera sus caprichosas oscilaciones. Se balanceaban con una increíble sincronización; me daban la impresión de que tenían vida propia.

Fue allí donde mis pronósticos fueron cumplidos y mi alma comenzó a partir de mi cuerpo, lento y despacio, sentí que mi alma se separaba del sentido del tacto y abandoné la pegajosa sensación del aire a la que estaba acostumbrada mi piel.

Comencé a ascender sin necesidad de que mi cuerpo se moviera, dejando atrás el resto del mundo que comenzó a disiparse y me encontré en un lugar donde era intocable; observaba a lo lejos al tiempo y, desde esta perspectiva multiuniversal, se veía solo como una línea de apariencia áspera, con forma de serpiente sin cola ni cabeza, infinita a ambos lados.

Una enorme paz se apoderaba de mí, me deleitaba con un placer oculto hasta el día de hoy y sin dejar de ver aquellos péndulos mágicos noté cómo explotaban estrellas a su alrededor, creando nueva energía.

—¿Qué tanto me mirás?

—Lo siento señorita, algo en sus ojos me atrapó.

La batalla del beso

T

an solo era un niño que se veía como una botija rosada, completamente redondo, tenía la fama de ser uno de los mejores en el juego de bate-pié callejero, y mostraba como insignias de guerra mis rodillas con granos de las caídas sobre el lastre.

Tenía una amiga, Diana, una chica de mi edad totalmente delgada y alta; para ser sincero, lo que me atrajo de ella era que, a diferencia de las otras de su edad, ella tenía un par de elevaciones en la explanada de su pecho.

Mi primer acercamiento fue en el cine, su mirada tímida y su sonrisa tierna me llamaban a intentar algo.

No sabía si en realidad yo quería, solo sabía que todos los compañeros hablaban de sus hazañas con chicas y yo solo podía presumir mi capacidad para comerme un galón de helado en quince minutos.

Así que, por una mezcla de curiosidad y orgullo, me dispuse a conquistarla aquella tarde. Me senté junto a ella en el cine, los demás compañeros dieron gritos de burla, lo que me puso aún más rosado y en ella se acentuó un tono carmesí.

Se encendió la pantalla. Yo temía con mi vida el hecho de no actuar, debía besar una chica.

La miraba, quieta, sonriendo, ella sintió mi mirada y volteó a verme. De inmediato busqué la pantalla huyendo a su mirar y me encontré con unos soldados despidiéndose de sus familias. La típica película de guerra, pensé. Yo libraría mi propia guerra ese día.

Volteé para verificar que mis compañeros miraran la película y, efectivamente, con cara de idiotas y mordiéndose la lengua, miraban la pantalla.

Mi primer movimiento fue impulsivo. Mi mano debía tomar la suya. Levanté mi mano que estaba helada y la encaminé a la suya. Pero en el trayecto noté una artritis nerviosa que me hizo retroceder en el primer ataque.

Se suponía que era un lobo feroz que estaba de cacería, sin embargo mi mano temblaba como un conejo.

Sequé en mi pantalón mi mano repleta de sudor y reiteré el ataque, me deslicé suave e imperceptible por las superficies del asiento, estaba a un milímetro de tomar su mano, cuando ella la movió y la consumió en una trinchera repleta de palomitas que tenía en su regazo. Mi mano dio retirada.

Debía ser mejor estratega, pero me congelé como el ejército de Hitler en Rusia. Media película quedé tieso como roca, ella me volteaba a ver solo para cerciorarse de que aún respiraba. Cuando al fin reaccioné y logré moverme fue para tomar refresco. Ya con provisiones debía proceder.

—Mi ataque debe de ser más político —pensé—. Todas las grandes conquistas comenzaron así, negociando para ablandar al enemigo.

—¿Tienes frío? —pregunté con un tono infantil que me decepcioné al escuchar.

—Sí —contestó.

De inmediato y jugándome la vida solté mi artillería pesada. Levanté mi brazo por detrás de su cabeza y reposé mi mano en su hombro. Era pésimo estratega, era más alta que yo, y mi brazo, en lugar de calentarla, la asfixiaba un poco, aparte de que tener el brazo hacia arriba rápidamente lo dejó sin sangre y se adormeció, estaba casi morado y con sensación de hormigueo. Pero no podía retroceder más, acaricié su hombro, ella solo volteó y me sonrió. A pesar de todo está cediendo terreno. La guerra no estaba perdida.

Cuando ya no resistía más el dolor de mi brazo, bajó su cabeza, quedando de una forma más cómoda y romántica.